

descripción de las bellezas del cuadro, sin recordar que los político-maníacos son insensibles á los encantos de la naturaleza y que debemos conservar á la novela hasta cierto punto el carácter espartano de su protagonista. Gaspar hace tanto caso de todos estos accesorios del cuadro, como de su familia. Para Gaspar sólo existe la patria. ¡Desdichada patria la de Gaspar!

II

EN FAMILIA

—¡Enrique! ¡Enrique!

—¡Vuelta á llamarme! ¿Qué me quiere usted?

—Siéntate en esa silla y óyeme.— Vas á cumplir doce años, hijo mío, y tus maestros y tu madre tienen muchas quejas de tí. Tus libros se hacen pedazos sin que saques tú fruto alguno de ellos. Tus maestros me han dicho que frecuentemente les faltas al respeto y que rehusas someterte á los castigos que te imponen.

—Es que quieren tenerme de rodillas y yo no quiero ni debo permanecer en esa postura.—Papá me ha di-

cho que los hombres sólo deben arrojarse ante Dios.

—Si de la escuela pasamos á tu casa, todo es barullo y desorden en ella por causa tuya. Destrozas los muebles, maltratas á Tamerlan, ese noble y fiel perro que por tantos años ha vivido con nosotros; tratas despóticamente á los criados, y lo que, sobre todo, no puedo yo tolerar es que consideres como sirvienta tuya á tu hermana, que sólo por ser tan buena puede soportar hasta que levantes la mano sobre ella. ¿No sois por ventura iguales tú y Almelia? ¿No sois entrambos hijos míos? Pues ¿por qué te quieres erigir en amo de ella?

—Porque los hombres tenemos superioridad respecto de las mujeres. Papá lo ha dicho muchas veces.

—Ayer, lo mismo que otros días, á la hora en que debieras estar estudiando tus lecciones, te saliste de casa y anduviste recorriendo las calles en compañía de unos cuantos muchachos, gente ordinaria y soez, cuyo trato acabará de pervertirte y desacreditarte en el concepto de las personas honradas.

—Papá me ha enseñado que todos los hombres somos iguales y que no

valgo yo más que el hijo del zapatero.

—Es verdad que todos somos iguales ante Dios y que debemos serlo ante las leyes; pero, óyeme, Enrique, esa igualdad no habla con la buena ó mala conducta, ni con la buena ó mala educación de cada cual. El hombre que llega á ser modelo de honradez, ¿valdrá lo mismo que un pícaro? ¿El joven que, como tú, ha recibido los cuidados de una educación esmerada, y á quien su madre trató siempre de infundir sentimientos piadosos y de poner á la vista modelos de buena conducta, ¿no valdrá más, no ofrecerá á la sociedad mayores garantías que esos pobre muchachos cuya alma, buena tal vez, embota sus buenas cualidades nativas en la ignorancia, ó las pierde ante la vista continua de los espectáculos que ofrecen á menudo la miseria y la depravación? ¡Ay, Enrique! ¡Cuántas pesadumbres me das y cómo traes siempre inquieto mi espíritu! No advierto en tí ninguno de esos arranques tan comunes en los niños y que descubren un fondo de bondad que hace disculpables las travesuras y las faltas de la edad. Nunca te he visto dar limosna á un pobre....

—Para los pobres se hicieron los hospicios. Quien da limosna á un mendigo fomenta la ociosidad y la vagancia. Papá me lo ha dicho.

Nunca he visto que te enternescas al aspecto de los padecimientos y de las lágrimas de tus semejantes...

—El enternecerse es una debilidad indigna de mi sexo.

—Pero lo que más me aflige, Enrique, es ver tu poca devoción. Cuéstarte un triunfo el llevarte á misa los domingos....

—Mi papá no va á misa.

Y todas las noches me das un disgusto antes de rezar tus oraciones. Oyeme, Enrique; el día que hiciste tu primera comunión.... ¿te acuerdas, Enrique? te llevé á la iglesia vestido de toda gala, y por tu juicio y compostura llamabas la atención de las gentes; ¡Qué dichosa es usted! me decían cuantas personas nos encontraban. De vuelta á casa, te pusimos, Enrique, una corona de rosas del jardín y te festejamos mucho....

—Mi papá se disgustó de ello y dijo que todo lo volvían ustedes farsa.

—Pues ese día, Enrique, cuando acababas de recibir al Señor Sacramento, que vino á albergarse en tu

inocencia y en tu piedad de niño, yo le rogué que siempre te amparara y te condujera por el camino de la vida; pero también le rogué que si habías de ser malo, te llamara á sí, porque hay un dolor superior al de la madre que ve muerto á su hijo, y es el dolor de la madre que le ve malvado.

—¿Qué cosas tiene usted!

—Ahora bien, de muchos días á esta parte, con las lágrimas en los ojos, recuerdo á Dios mi súplica y la confirmo, llena de temores por tu porvenir.

—Usted quisiera hacerme devoto; pero entre ser buen cristiano y devoto hay una gran diferencia. Mi papá lo ha dicho. Y ya no me predique usted más, porque me aflige. ¿Tiene usted unas cosas! ¿Cuándo llega papá?

A esta pregunta se estremeció ligeramente la madre.

—Debe llegar de un momento á otro.

—Mucho se alegrará mi padrino Márquez, porque dice que papá hace falta en casa.

—¿Te ha dicho eso? ¿Y por qué?

—Porque, según él, las señoras sólo son buenas para educar á las niñas; pero echan á perdr á los niños que-

riendo tenerles cosidos á las faldas. "Enrique, me dijo el otro día, tú ya estás grande y pintas ser un joven de provecho. Tu madre te anda queriendo hacer que huelas los hábitos de esos pícaros jesuítas de la parroquia; pero tente firme y encunto llegue mi compadre te llevaremos á los clubs. ¿A qué te ha enseñado el catecismo de Ripalda?—Sí, padrino, le respondí. —¿Y á que no te ha enseñado la cartilla del ciudadano?—Mi papá me dió unos cuantos repasos de ella, pero desde que se fué no he vuelto á estudiarla, porque mamá no quiere.—No tengas cuidado, Enrique, todo se arreglará y te enviaremos á un colegio, porque los niños no deben estar al lado de las madres que les afemeninan y enseñan á hipócritas." Todo eso me dijo mi padrino y, dándome palmaditas en el hombro, me regaló este coraplumas. Quise probarle luego luego y degollé al gato. Véalo usted, mamá. ¿Qué le parece?

La madre no le contestó: se había entregado á sus propios sentimientos y éstos eran muy amargos.

La escena que hemos bosquejado rápidamente, pasaba cierta mañana á fines de Octubre en la sala fresca y

aseada de una casa, parte integrante de una de las ciudades del interior de la República. No hay necesidad de hacer el retrato físico del niño: á su edad y cuando ya las malas pasiones suelen ir formando el carácter moral del individuo, su fisonomía material se resiente todavía de indecisión y vaguedad en las formas. De un niño se puede decir que es bonito ó feo y esto es todo. Ahora bien, Enrique era feo, y su fealdad formaba contraste con la belleza de Amelia, su hermana menor, sentada silenciosamente al lado de la madre y entregada á su labor. Tamerlan contemplaba el cuadro: echado cuan largo era en el suelo, veía con ojos tristes y un tanto cuanto lagrimosos á Enrique, ó azotaba su cola á uno y otro lado y parecía besar la falda del vestido de Amelia cada vez que la niña le pasaba el pie por el lomo.

Octaviana, esposa de Gaspar Rodríguez y madre de aquellos niños, tendría unos treinta y seis años de edad, y no se la podía llamar hermosa, pero sí excesivamente simpática. Sabido es que la belleza que nos figuramos por efecto de la simpatía, es mucho más agradable y duradera que la belleza real que puramente resulta de la

perfección de las formas, y cuya impresión se debilita á medida que la vista se acostumbra al objeto. Dotada de un semblante agraciado, Octaviana dejaba leer en él la bondad de su alma y la tranquilidad y la alegría que reinan en todo buen corazón y que constituyen la mejor dote de una mujer y la felicidad del hogar doméstico. No se podía decir que estuviese educada con esmero si aplicamos esta frase á los ramos puramente de ornato á que tanto valor se presta comúnmente en la sociedad; pero, hija de una familia honrada y de medianos posibles, su corazón formóse en la infancia al influjo de sentimientos piadosos y cristianos, y la joven aprendió más tarde cuanto es indispensable al gobierno de una casa y á la felicidad de un esposo. Activa y laboriosa en el seno de su familia, amable con ella y sus amigos, algo meditabunda y soñadora á solas, como toda alma superior, caritativa con los pobres y los desgraciados, devota sin afectación y bella cuanto podía serlo cuando sus facciones simpáticas según hemos dicho, se iluminaban al brillo de sus ideas y de sus sentimientos. Octaviana llegó á los veintitrés años

sin haber dado á hombre alguno su amor. Un joven de buena familia y de porvenir, se presentó á los padres de Octaviana pidiéndoles permiso para ganar su corazón y aspirar á su mano. Ella comenzó á sentir inclinación hacia el pretendiente; mas éste era pobre y quería realizar el idilio de "el amor en una cabaña." Los padres no se conformaron con ello, porque generalmente desean hombres ricos para las muchachas casaderas, y, en todo caso, quisieran ver hasta cierto punto asegurado el porvenir de sus hijas. Octaviana se resignó, el pretendiente se expatrió, y seis meses después, la virgen de sus sueños y de sus pensamientos, recibía ante el altar por esposo y compañero á Gaspar, el protagonista de nuestra historia.

Conviene hacer aquí una pausa y decir que la político-manía no se había desarrollado aún en el carácter de Gaspar. Joven de no mala presencia, y sumamente rico, lo primero unido á un genio vivo y complaciente, le abrió la puerta del corazón de Octaviana, cuando ya lo segundo le había abierto las puertas de su casa. Amóle sincera y apasionadamente la joven y creyóse amada de él; mas á poco suce-

dió lo que debía esperarse. Gaspar era incapaz de apreciar las buenas cualidades de su mujer y su corazón, azás superficial, no había sido formado para concebir y mantener uno de esos afectos que el tiempo vigoriza más y más en vez de destruir. Cuando el cielo pareció bendecir su unión, dándoles un hijo, la antigua llama pareció también reanimarse en el pecho de Gaspar. ¡Qué días aquellos tan dichosos para Octaviana! Ni el ósculo que Gaspar la dió en la frente cuando volvió de la iglesia á su casa con el velo blanco y la corona de rosas de la desposada, la conmovió tanto como el primer beso paternal dado en la frente de Enrique que dormía en su regazo. Mas las flores que suele producir una arena estéril y movediza, luego se marchitan y mueren. Gaspar olvidó á su mujer por la política, y la mujer puso todo su amor en los hijos.

Estos, sin embargo, se convirtieron más adelante en manantial de penas para la pobre madre. Gaspar, respecto de la política, había caminado de una exageración en otra, y como carecía de principios fijos en religión y moral, presto dió de mano á las ideas y las prácticas que sólo por espíritu de ru-

tina y por consideraciones á su familia y á la sociedad había abrigado y seguido hasta allí. Mientras los niños permanecieron chicos, tal variación en el carácter de Gaspar no hizo otra cosa que llenar de amargura el piadoso corazón de Octaviana, al descubrirla cuán indigno era de su amor y de su compañía el hombre á quien ella había ligado su destino. Pero cuando los niños crecieron y fué preciso pensar en su educación y Gaspar quiso que tal educación fuera del todo filosófica, ¡cuántas angustias para aquella madre amorosa y cristiana! ¡Qué de luchas terribles con el hombre que acababa siempre por invocar injustamente su doble autoridad de marido y de padre! ¡Qué de esfuerzos inútiles para depositar y mantener en el corazón de Enrique la semilla de los buenos consejos y de las prácticas piadosas, y cuya semilla era al momento arrebatada por el funesto ejemplo de su padre! Llamamos héroes á los hombres que sufren con estoicismo persecuciones y destierros á causa de sus opiniones políticas, pero ¿qué valen estos hombres al lado de la mujer que, como Octaviana, se resigna al maltrato de su marido, llena sus obligacio-

nes domésticas con genio dulce y hasta alegre, y lucha infatigablemente con un padre necio y brutal para enderezar por buen camino el corazón de sus hijos?

Ya hemos visto al comenzar este capítulo, las disposiciones morales de Enrique. El ejemplo es siempre más poderoso que la palabra.

En cuanto á Amelia, que contaba once años á la sazón, y cuyo semblante era el mismo de la madre, diríase que el cielo la había concedido á Octaviana para mitigar sus cuidados y consolar sus penas. Dócil, aplicada y religiosa, se instruía sólidamente con los consejos, las lecciones y el ejemplo de la madre, y tenía ya el juicio y la sensatez de una joven de diez y ocho años, sin haber perdido la frescura y las gracias de la niñez. O su calidad de mujer que la hacía estar continuamente bajo la vigilancia maternal y menos en contacto con Gaspar, la había librado hasta allí de la influencia filosófica de éste, ó por uno de aquellos fenómenos psicológicos y morales que no son muy raros en las familias, el hijo había sacado la fisonomía física y moral del padre, á la vez que la hija era retrato perfecto de la madre,

así en el semblante como en sus santas y nobles cualidades.

De todas estas digresiones, que ya iban siendo sumamente largas, nos viene á sacar el ruido de un coche que se detiene frente á la puerta de la casa.

Gaspar desciende del carruaje, y al entrar á la sala ve con rápida ojeada el cuadro que hemos descrito: Enrique examina el cortaplumas que le regaló su padrino y con el cual ha degollado á un gato por vía de prueba; Amelia está entregada á su labor, y de cuando en cuando pasa su piecécillo por el lomo del perro; Octaviana se entrega á sus pensamientos, cuya tristeza no es bastante á destruir la expresión de tranquilidad y alegría, habitual en su rostro; Tamerlan azota el suelo con el rabo al recibir las caricias de Amelia.

El filósofo saluda y se adelanta hacia su mujer y sus hijos, que dejan sus asientos para abrazarle; pero en este momento llegan tras él sus amigos políticos. El compadre Márquez le toma el brazo y le lleva á la alcoba inmediata.

¡Ni un beso para sus hijos! ¡Ni una caricia para su esposa! De seguro que la filosofía no vale lo que el amor.

III

PREPARATIVOS PARA DESEMPEÑAR UNA ALTA MISION

Dijimos en nuestro primer capítulo que Gaspar había sido electo diputado al Congreso constituyente por el distrito H**, y ahora añadiremos que ese distrito no era otro que el de su residencia ordinaria, y que la elección se debió, antes que á otra cosa, á los "trabajos" del compadre Márquez.

Installáronse las mesas electorales, teniendo cuidado de apoderarse de ellas Márquez y sus amigos. Hízose votar en masa á los trabajadores de la quinta de Gaspar y á un cuerpo de tropa que había en la ciudad. Describiremos la escena con que se inauguraron ese día las funciones de la mesa presidida por Márquez.

Hallábase éste en medio, y á su lado los escrutadores y secretarios, cuando se presentó un hombre del pueblo, á hacer uso de su derecho. El hombre se detuvo todo cortado en el umbral de la puerta.

—Acercaos, ciudadano, le dijo Márquez con tono de protección.